

El Sparring

Por: Miguel Vásquez

I

- Pobrecito.- Dijo mi mamá en voz baja cuando le conté. Alberto me había llamado un par de horas atrás diciéndome que J.J. estaba en el Pérez Carreño desde hacía más de dos semanas y que necesitaban donantes.

- No se bien cómo es la cosa, Chamo – Me dijo Alberto- parece que tiene un problema en el hígado o en el bazo o en los dos, no se, a mí me llamó Oswaldo diciéndome que le daba pena, que después de tanto tiempo, que esto y lo otro, pero que si le podía avisar a sus amigos, en especial a los más panas, a ti, a Juan, a Pepé y a todo el que pudiera por que J.J. estaba mal, lo tenían que operar y necesitaban donantes.

-Pobrecito J.J.- decía mi mamá. -Eso del boxeo no trae nada bueno. Ese muchacho nunca debió meterse en eso -continuó- su mamá me lo dijo una vez, me dijo que no dormía, que J.J. llegaba a veces a visitarla con el ojo morado, con la boca rota, y mira que la señora Eugenia es una señora enferma.

-Si bueno.- Le dije para sacármela de encima con su perorata antiboxística. Además, qué puedo decir yo si yo estuve ahí cuando J.J. dio el primer paso. Yo se por qué Oswaldo, aun en el fondo, a pesar de que por fuera no se le note ni un poquito, nos tiene algo de arrechera, sobretodo a Alberto, a Rubén, a Juan, a Pepe, a mi, a todos, no por lo que hicimos sino por lo que dejamos de hacer. Todos sabemos que no fue poco lo que hizo J.J., y aunque la juventud siempre es la mejor excusa en estos casos para justificar la insolencia y la estupidez, lo que hizo fue una verdadera putada pero lo peor no solo fue que no hicimos nada, al contrario, se lo aplaudimos.

II

-Chamo ¿qué fue de la vida de Roberto?- Le pregunté a Alberto cuando íbamos en el taxi al hospital.

-Chamo no se, para mi fue un alivio no volver a verlo-. Dijo mientras miraba por la ventana.

Silencio en el taxi, había cola en la autopista, comenzó a llover, luego a llover, el taxista, ya con el codo mojado subió el vidrio, sacó una toalla pequeña y se la puso en la parte de atrás del cuello, justo en la nuca, en ese momento me percaté que el aire acondicionado no funcionaba.

Aún con la pregunta en la cabeza le dije, tratando de lavarme las manos nuevamente:

-La verdad es que nosotros no hicimos nada.

Alberto, incomodo, se volteó hacia mí y mirándome directo a los ojos me dijo pausadamente, como para que me quedará clarito:

-Nosotros no hicimos nada, sí, pero dejamos de hacer. Si J.J. no le hubiera caído a coñazos a ese carajo, no estaría en el hospital ahora.

Y era cierto, el problema no había sido que J.J. le hubiese roto la nariz y una costilla al Portu Roberto, sino que ese día, ese viernes de aquel lluvioso julio de hace quince años J.J. se graduó de boxeador.

III

Íbamos de vez en cuando al gimnasio a verlo entrenar. Por aquellos días la pesadilla en la que se había convertido sacar el bachillerato en el Peñalver había terminado. Me acuerdo que como entre una y dos me iba a casa de Alberto en Chacao, nos comíamos cualquier cosa, agarrábamos el metro y nos íbamos hasta Palo Verde. Estábamos exultantes, excitados, ansiosos de verlo en el ring.

Cagua, La Guaira, el Naciones Unidas, Maracaibo, Cumaná, fueron los lugares que vieron a J.J. ahora llamado "El Niño Camacho" convertirse en boxeador. Recuerdo que nos íbamos con él a cualquier parte, perdíamos clase en la universidad, dejábamos a nuestras novias embarcadas por irnos a verlo boxear.

Entre golpe y golpe, entre toneladas de vaselina, toallas mojadas de sudor, los botines Nike rojos, y por qué no decirlo, un montón de estimulantes, pastillitas de colores y potes de no se que cosa en polvo, J.J. se volvió boxeador y adicto. Adicto a la coca, al frenesí, a las putas baratas, a la curda, pero sobretodo adicto a la tristeza, a la melancolía y a los silencios, silencios que cada día eran mayores y que hicieron que poco a poco dejáramos de acompañarlo, de ir al gimnasio con él.

J.J., o más bien "El niño Camacho", como fue conocido irónicamente en su momento por su gran tamaño, se convirtió en un verdadero púgil, no por ser un ídolo del cuadrilátero, sino por haberse convertido en un fajador de tristezas, de soledades inexplicables, de duelos irresueltos con los cuales, de alguna forma Alberto y yo lo habíamos puesto en contacto.

IV

Uno rara vez llega a conocer a alguien, a veces pasan los años y te das cuenta que esa persona que se ha sentado junto a ti toda la vida es un perfecto desconocido. El Portu Roberto estuvo dos años sentado detrás de J.J. solo por que a los profesores se les había antojado sentarnos por orden alfabético en el salón, su error: apellidarse Da Silva.

Rara vez J.J. hablaba con el Portu, cada uno reconocía al otro en sus adentros como el guevon que se sienta delante o detrás de mí respectivamente. Así pasaban los años en bachillerato, entre desconocidos que de una forma u otra, a pesar de que no se volvieron a ver más nunca después del acto de graduación se marcarían la vida para siempre. Creo que eso fue lo que le pasó a J.J. y al Portu, se encontraron por mala suerte y a los dos les fue mal. A pesar de que J.J fue el que pegó primero, el verdadero golpe se lo dio a la larga el recuerdo del Portu en el piso. Creo que J.J. nunca pudo superar verlo caer.

Fue así como dejamos de ir a Palo Verde, de acompañarlo, J.J. se volvió un coleccionista de amistades fútiles, insustanciales e inconstantes, cada mes tenía un nuevo mejor amigo, una novia con la que estaba a punto de casarse. Así fue como nos alejamos de él, como apareció la foto con Don King, el viaje a Malasia, la Blazer 4x4, las notas de Meridiano, que si bien aun eran emocionantes, poco a poco comenzaron a hacerse más espaciadas, hasta que un día, sin que nadie se diera cuenta, desaparecieron. Solo quedaron recortes amarillentos en unas carpetas de manila tamaño oficio que luego terminaron doblados en una bolsa paquita a fin de ceder la carpeta para una mierda nueva inventada por el gobierno llamada CADIVI.

V

El día de la donación no lo pudimos ver. Tampoco vimos a Oswaldo ni a su mamá. Llegamos al hospital, nos sentaron en unos sillones azules que olían a una mezcla de alpiste con tufo y al cabo de media hora ya la enfermera se había encargado de quitarnos lo que hace poco era nuestro. Nunca había visto una bolsa de sangre, era tan oscura que me pareció que me habían sacado algo turbio, algo que de alguna forma yo producía sin cesar y con lo cual vivía a diario sin saber como su oscura presencia me afectaba .

-Dale pana, hablamos cualquier vaina.

-Seguro.

Sin mucho entusiasmo, sin preguntas retóricas que nos condujeran a lugares comunes Alberto y yo nos despedimos con la culpa como compañera, con la idea de que habíamos sido nosotros los que de alguna manera le habíamos echado esa vaina a J.J.

VI

Lo recuerdo como si fuera ayer. La buena memoria es la peor compañera de la melancolía, es su hermana menor, su lacaya circunstancial, no es la melancolía la que es reducida por la memoria, es la memoria la que sin saber cómo, le da todo lo que quiere a la melancolía para así reafirmarse y sentirse a sus anchas en tardes soleadas, en días de playa, en fiestas de cumpleaños, en bodas rimbombantes; en donde sea, la memoria le ofrece a la melancolía esa vivencia desfigurada por el tiempo que luego se transforma en razón y se cuele hasta en el agua. Así creo yo que funciona, o al menos la pienso así cuando me acuerdo de J.J. No hay momento en que piense en ese episodio y no me den ganas de ponerme la pijama y acostarme a ver televisión, solo, en mi cuarto, con la puerta cerrada. Es como si mi mente comenzara a menstruar, como si se me engripara el espíritu. La cosa fue más o menos así, Oswaldo había llevado a J.J. al gimnasio de Palo Verde un par de veces. Un boxeador amateur, el "Torito González" le había pedido a su entrenador un sparring adicional, que fuera alto, para preparar una pelea de mala muerte en un ring de cuarta categoría a llevarse a cabo en no se donde cerca de un velódromo en Maracay. Oswaldo convenció a J.J. de que sería una prueba, le dijo que iba a ser como un juego, que solo tenía que ir dos veces a la semana al gimnasio y que la paga del Torito iba a ser buena. J.J. accedió, y a pesar de que González quería un sparring con experiencia J.J. le sirvió para pulir un par de detalles. Aunque el Torito prescindió de los servicios de J.J. antes de lo previsto, éste le pagó completo.

Luego de mes y medio más o menos, J.J., aparentemente, se olvidó del boxeo y volvió a la absoluta estupidez en la que todos, especialmente Alberto y yo, vivíamos en aquellos últimos días de bachillerato en el Peñalver. Ya estábamos hartos del liceo, de las vacas para mandar a hacer las franelas de la promoción, de vender rifas para pagar la fiesta de graduación, de ir a prograduaciones de otros liceos donde no lográbamos controlar ningún culo. Todo por aquellos días olía a mierda, a mierda rancia, a hastío, a cansancio. Estábamos hartos del mal aliento de la profesora Pili, de que el flaco de educación física nos pusiera a hacer ejercicios inútiles, de

los vectores aquellos que nos enseñaban en matemática, de Chávez hablando paja en la televisión día y noche, mañana y tarde, como si supiera que más temprano que tarde se iba a morir. Yo la llamé la época de las focas: todos éramos focas, amaestradas o en vías de llegar a serlo. Para ese momento ninguno de nosotros sabía qué hacer con sus vidas, cada uno tenía un plan más absurdo que el otro. Alberto decía que se iba a tomar un año sabático, que se iba a ir a casa de un tío en Coloncito y que estando allá vería que hacer. Yo por mi parte tampoco tenía ni puta idea de nada, mi promedio me había ayudado a quedar en derecho en la UCAB y en Economía y Antropología en la UCV, aunque en el fondo, en ese entonces, estudiar cualquier cosa me daba igual con tal de no tener que salir a buscar trabajo.

Un día de esos de final de curso en los que el profesor y los alumnos no saben que hacer para justificar su presencia en las aulas J.J. perdió un billete de veinte mil bolos, suficiente para dos empanadas y una malta. Algunas voces, a eso de las 11 y media de la mañana inculpaban de la desaparición del billete a Roberto, el flaco con cara de portugués que siempre se sentaba justo detrás de él. Meterle casquillo a J.J. no fue difícil. Ya a las doce y media, a quince minutos para salir, J.J. dejó caer un sacapuntas, Roberto, por mero reflejo, lo tomó del piso y cuando tuvo de frente a J.J. para devolvérselo, éste le dijo: -A la salida te jodo.

A la una de la tarde, en vez de bajar a la Francisco de Miranda, comenzamos a subir en dirección Campo Alegre, así fue como al llegar a la esquina del Liceo que da para la calle 2, Alberto y yo acorralamos a Roberto al lado de un poste de luz. Para nosotros, digo, para Alberto y para mí, asustar a Roberto era más de lo mismo, pero ese día, para J.J. era una ocasión especial. Sin mediar palabra, luego de empujones mutuos sin trascendencia y de escuchar un par de veces de boca del Roberto la frase: -Marico, ya. Yo no me cogí tu plata- J.J. le asestó un gancho de izquierda justo en el hígado al pobre portugués. Privado, con los brazos en el abdomen y casi a punto de caer, Roberto sacó de su bolsillo un billete de diez mil, uno de cinco mil y uno de dos mil así como dos monedas: 17.500 tiró al piso. El Portu, no entendía la ferocidad de esa encerrona tan diferente a la otras, las cuales no pasaban de meros empujones. Tras el golpe, El Portu quedó aturdido, y confundió aquello con un atraco.

-Toma chamo- Dijo adolorido y casi sin aire Roberto mientras señalaba el dinero que acababa de lanzar al piso.- no tengo más.

-Verga Chamo.- Le dijo Alberto, o yo, no importa quien.- Clávale su coñazo.- y sin esperar un segundo J.J. le endosó un recto de izquierda en la

nariz y un gancho de derecha en el costado a Roberto que lo dejaron desmayado en plena acera. J.J. lo vio caer con curiosidad, sin embargo, cuando su cabeza golpeó el suelo, la mirada de J.J. cambió por un segundo, estaba extrañado, creo que se sentía avergonzado, sin embargo, al desaparecer, esa mirada más nunca volvió a visitar su rostro. El episodio concluyó con boleta de citación, una pita en el acto de graduación para los tres y el repudio general del salón, repudio al cual me sobrepuse 2 meses después cuando me hice amigo de otra gente en la universidad.

Al salir del hospital me despedí de Alberto no sin antes recordarle algo que ese día me parecía más obvio que nunca: ¡Somos una mierda!